

## SOBRE LAS CAUSAS DEL FENOMENO PERONISTA

La discusión en torno a una adecuada interpretación histórica del fenómeno peronista continúa aún inacabada. Se ha polarizado entre quienes ven en los primeros gobiernos del general Perón —de 1945 a 1955— un ejemplo más del típico nacionalismo militar latinoamericano, sin connotaciones de otro orden, y quienes ven tales gobiernos como producto de un populismo de manifiesta vocación fascista, quizá el único fascismo que habría tenido presencia real en el poder de uno de los Estados de América Latina. Uno de los datos que suelen mostrar como prueba quienes sostienen esta última tesis está referido al hecho de que el gobierno de Perón prestara apoyo comercial y político al del general Franco, precisamente en el momento en que éste era considerado por los vencedores de la Segunda Gran Guerra como un fascismo sobreviviente.

Difícilmente podrá el historiador entender el carácter del peronismo dejándose deslumbrar por determinados elementos de la tan paradójica política del *General*, incluso ni siquiera en el caso de que su estudio se limite al examen de las estructuras ideológico-políticas que éste impulsó. Los estudios más recientes del nuevo impulso historiográfico comenzado en América Latina a fines de los sesenta, sugieren que los orígenes del peronismo están disueltos en una coyuntura histórica mucho más rica, la que se acota entre 1930 y 1955. Los últimos análisis de autores latinoamericanos han conseguido cambiar el escenario de ideas, superando hipótesis de trabajo enfangadas en el movidizo terreno de las viejas discusiones políticas. Un primer inventario de los presupuestos de trabajo que están siendo utilizados en la nueva reconstrucción de aquellos hechos claves para el desarrollo posterior de América Latina podría ser el siguiente:

A) Hay que situar el fenómeno peronista dentro de una coyuntura histórica radicalmente singular. La crisis mundial, que comenzó con la gran depresión del 29, madurando durante los conflictivos años treinta hasta desembocar en la Segunda Guerra Mundial, tuvo como

principal consecuencia para América Latina la ruptura de sus tradicionales relaciones con los centros de la economía mundial. Ruptura que mientras duró favoreció la eclosión de las tensiones internas de América Latina, al mismo tiempo que permitió una mayor autonomía en sus clases dirigentes. Todo ello dio lugar al replanteamiento de la cuestión nacional<sup>1</sup>.

B) Los factores sociopolíticos (por los que regularmente se identifica el fenómeno peronista) están mucho más subordinados de lo que se piensa a los socioeconómicos, respecto al origen de la crisis. Como afirma el historiador argentino Tulio Halperin, «la economía gobierna así la evolución política y social en los años posteriores a la crisis (del 29)<sup>2</sup>. Sólo durante la segunda mitad de la coyuntura este orden de los factores tiende a cambiar, resultando determinantes los resortes políticos en el marco de un acentuado intervencionismo estatal.

C) Dado que la crisis mundial afecta de igual manera a aquellos países latinoamericanos que tienen un grado similar de desarrollo al de Argentina (México, Brasil, Chile), en todos ellos van a sentarse las bases socioeconómicas de procesos nacionalistas en el orden político. Así, pues, el peronismo, lejos de resultar un fenómeno aislado en América Latina, está ligado a un conjunto de experiencias no demasiado diferentes, sucedidas en el subcontinente durante la misma coyuntura<sup>3</sup>.

Siguiendo estas indicaciones, parece necesario iniciar el estudio del peronismo analizando la ruptura del modelo de acumulación primario-exportador que se produce a partir de la crisis mundial del año veintinueve.

#### EL HUNDIMIENTO DE LA ECONOMÍA EXPORTADORA

El modelo de desarrollo imperante en América Latina cuando acaba la década de los veinte, mantenía los elementos principales del conformado bajo el último período colonial. Los propietarios de los medios de producción (fundamentalmente campos y minas) obtenían sus ganancias en un mercado—el internacional—que no dominaban y en el que los términos de intercambio les eran desfavorables. Para compensar este creciente deterioro del intercambio, los viejos empresarios latinoamericanos se veían obligados a colocar una mayor masa de

<sup>1</sup> J. ABERLARDO RAMOS: *Historia de la nación latinoamericana*. Peña Lillo, Editor. Buenos Aires, 1968.

<sup>2</sup> T. HALPERIN DONGHI: *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza Editorial, Madrid, 1975, p. 358.

<sup>3</sup> Véase V. BAMBIRRA: *Capitalismo dependiente latinoamericano*. Siglo XXI, México, 1974.

mercancía en el mercado internacional, tratando de mantener constante —e incluso de comprimir— el costo de la mano de obra. El hecho de que esto se produjera en condiciones políticas de absoluto dominio de tal oligarquía exportadora, supuso la continua postergación de la dinamización del mercado interno y —lo que ha sido clave para el desarrollo latinoamericano posterior— el mantener en estado de raquitismo la demanda solvente de este mercado interior. En suma, «la economía exportadora es algo más que el producto de una economía fundada en la especialización productiva: es una formación social basada en el modo capitalista de producción (Mauro Marini demuestra cómo son inadecuadas ciertas teorías sobre un feudalismo tardío en América Latina), que (...) crea un ciclo de capital que tiende a reproducir en escala ampliada la dependencia en que se encuentra frente a la economía mundial»<sup>4</sup>.

Este modelo de desarrollo tuvo una modificación notable a finales del siglo XIX. Con el paso a la exportación de capitales de parte de los centros mundiales, los rasgos centrales de la economía exportadora se profundizaron de forma extraordinaria. Así, desde 1880 hasta la Primera Guerra Mundial, la llegada a América Latina de capitales europeos —fundamentalmente ingleses— se dirigió a la estructura y los servicios del aparato productivo dedicado a la exportación, aumentando su eficacia y productividad, pero condicionando su desarrollo a móviles exteriores. Es notable, por ejemplo, cómo la construcción de ferrocarriles se produjo desde las ciudades-puerto hacia el interior del país, siguiendo las rutas dedicadas al traslado de los bienes de exportación. Este era el modelo que se mantenía predominante en América Latina cuando sucedió la violenta contracción del mercado mundial en 1929.

La brutal caída de la demanda mundial de productos primarios —y la consiguiente baja de sus precios— no sólo significó la crisis de las oligarquías exportadoras, sino también el hundimiento —quizá más rápido— de las finanzas públicas, que principalmente se apoyaban en la participación del Estado en la protección de la exportación. También estaba cegada la salida ya utilizada por dichos Estados en ocasiones anteriores (la búsqueda de préstamos en el exterior), puesto que la crisis del veintinueve se caracterizó también por un bloqueo inmediato del movimiento del capital financiero internacional. Una idea aproximada de los efectos que tuvo en América Latina tal crisis nos la da el que al año siguiente se produjera una oleada de golpes

<sup>4</sup> Véase R. MAURO MARINI: «Dialéctica de la dependencia», en *Tres ensayos sobre América Latina*, AA. VV., Barcelona, Anagrama, 1973.

militares sin destino. Así, tanto si representaban solamente a la oligarquía exportadora, como si representaban a una alianza entre ésta y los nuevos grupos burgueses y pequeño-burgueses en ascender, toda una serie de presidentes fueron cayendo en 1930, uno tras otro: Irigoyen en Argentina, Ibáñez en Chile, Washington Luis en Brasil, Leguía en Perú, Siles en Bolivia, Ayora en Ecuador, Arosamena en Panamá.

#### LA RESPUESTA A LA CRISIS

La oligarquía exportadora —acompañada o no de los nuevos grupos burgueses emergentes— tuvo ante sí en toda América Latina dos salidas alternativas ante la depresión:

A) Dedicar todos sus esfuerzos a capear el temporal, acudiendo a la inflación, la devaluación de la moneda nacional y, en un sentido amplio, tendiendo a colocar el aparato productivo exportador en hibernación hasta que la situación mejorara.

B) O modificar la estructura productiva, pasando a la sustitución de importación y, por tanto, trasladando capitales hacia la industria manufacturera interior.

Para llevar adelante una u otra salida, el manejo directo del aparato de Estado era algo fundamental. De esta forma, en Argentina fue la propia oligarquía exportadora la que nacionalizó puertos importantes, como el de Rosario, e impulsó la creación de la Flota Mercante Nacional. No obstante, razones poderosas, de orden interior y exterior, empujarían a las clases dominantes hacia la segunda solución, conforme maduran los años treinta. Desde el interior del país la oligarquía fue presionada por los nuevos grupos de propietarios, entre los que destacan los dedicados a la industria. Varios autores latinoamericanos —y en especial Vania Bambirra— han destacado últimamente que, contrariando las tesis tradicionales que aseguran la casi inexistencia de producción industrial en América Latina hasta mediados del presente siglo, en los países latinoamericanos de mayor desarrollo se había venido desarrollando una industria desde finales del siglo XIX. El primer impulso a la industrialización (1880-1914) produjo el desarrollo de una *industria subsidiaria* y de productos livianos de consumo, que en 1910 constituía en los cuatro países más desarrollados de un quince a un veinte por ciento de la formación del producto interior bruto. El segundo impulso industrialista tuvo lugar

mientras duró la crisis que rodeó a la Primera Guerra Mundial, durante la cual fue necesario pasar a la sustitución de determinadas importaciones. La existencia de estas débiles bases industriales fue lo que permitió a México, Brasil, Argentina y Chile el paso a una industrialización intensiva. De esta forma los sectores propietarios de la industria—muchos de ellos ligados por mil lazos a la oligarquía exportadora—presionaron sobre el Estado a la hora de elegir una alternativa con que afrontar la crisis.

La razón de orden exterior que impulsaba a los grupos dirigentes a elegir la segunda alternativa (traslado de capitales hacia la industria interior) residía en el progresivo ascenso de los Estados Unidos hacia la hegemonía mundial absoluta y su tendencia a la exportación de bienes de equipo e incluso la venta de industrias a las zonas periféricas. De esta forma, por razones interiores y exteriores, las clases dominantes de los países latinoamericanos más desarrollados iniciaron, *utilizando como apoyo fundamental el Estado*, el paso hacia la reconversión del aparato productivo (de exportador a industrial dependiente).

#### EL ESCENARIO SOCIOPOLÍTICO

Los autores latinoamericanos que han estudiado este nivel de la coyuntura nos ofrecen la visión de un cuadro sociopolítico que podemos resumir brevemente así:

— En general, se recurrió como primera medida a la inflación y la devaluación (como ya era tradicional), si bien en esta ocasión todo este cuadro de medidas favoreció una pronta acumulación en el sector industrial mejor dotado.

— Esta situación creó una tensión en el mediano y pequeño empresario (abrumadoramente mayoritario en la actividad industrial), que se lanzó a una lucha por obtener un lugar bajo el sol en el débil mercado interno, exigiendo del Estado la protección de su producción del exterior y los necesarios créditos para enfrentar la inflación.

— En el campo, la depresión alcanzó a los terratenientes interiores subordinados a la oligarquía exportadora, si bien trataron por todos los medios posibles de colocar el peso mayor de la crisis sobre las espaldas del campesino pobre y del proletariado agrícola. Estos últimos fueron salvajemente golpeados por la crisis a causa de su crecido número y la prohibición estatal de pasar a la sindicalización (prohibición que respondía a un acuerdo entre oligarquía y terratenientes

interiores). La solución de buena parte de los desocupados fue el partir a engrosar las filas del subproletariado urbano. La cuestión de la reforma agraria tomó así explosividad en los países en que no estaba planteada abiertamente y se agudizó en los que ya estaba siendo llevada adelante (México).

— El proletariado urbano, predominantemente industrial, que, aunque minoritario, había conseguido una temprana sindicalización militante, responderá a la inflación y la devaluación impuestas por la oligarquía con la movilización y la búsqueda del apoyo de las masas campesinas. En general, a principios de los treinta, es posible observar cómo un amplio movimiento de masas se encrespa progresivamente. A mediados de los treinta, esta situación se conjugaba con un momento de agresiva competencia entre capitales norteamericanos; alemanes e ingleses en toda América Latina. Se necesitaba, pues, un mecanismo político que, utilizando el Estado (y las contradicciones del imperalismo), conciliara los distintos intereses de las clases dominantes y estableciera un puente con el amplio frente de sectores dominados en ascenso. Aunque fueron diversas las formas que este mecanismo asumió en cada país, no cabe duda que puede considerarse como un fenómeno latinoamericano el nacionalismo populista, cuya forma integral cristalizó en México (Cárdenas), Brasil (Vargas), Argentina (Perón) y Chile (Pedro Aguirre Cerdá). Es decir, en aquellos países cuya integración industrial era más completa.

#### FENOMENOLOGÍA Y CONSECUENCIAS DEL NACIONALISMO BURGUÉS

El conjunto de las tensiones sociopolíticas fue canalizado a través de los movimientos nacionalistas y del Estado. Según varios autores latinoamericanos —Mauro Marini, entre ellos—, es necesario no perder de vista que ello fue así sólo después que quedara de manifiesto que no existía una alternativa del ascendente movimiento de las clases dominadas. Contra esta posibilidad jugaban, entre otros, factores de marcada heterogeneidad social y una débil organización política.

Rui Mauro señala, al respecto la crisis de los partidos comunistas en el subcontinente. Desde la política sectaria del «tercer período», que les marginó de los movimientos reivindicativos, giraron a mediados de los treinta a la de los frentes populares, que en su versión latinoamericana significaba el apoyo a las potencias aliadas. En Argentina es conocido cómo el nacionalismo apoyó las huelgas obreras,

que eran boicoteadas por el PC argentino, para quien lo principal era el mantenimiento de la producción para abastecer a Inglaterra frente al peligro alemán. De esta forma, toda la fuerza sociopolítica de los movimientos de masa fue a parar al Estado, quien actuó como turbina de cara a modernizar el conjunto de la formación social. El Estado estaba en condiciones de hacerlo, puesto que se apoyaba sociopolíticamente en un frente de colaboración de clases.

Este Estado integrador y de colaboración de clases, llamado por autores y corrientes de diversas formas (popular, de masas, pequeño-burgués, aliancista), contenía y respondía al siguiente cuadro de alianzas:

A) Una alianza en el poder, formada por las antiguas clases dominantes (oligarquía exportadora, grupos financieros y comerciales) y la nueva fracción burguesa emergente (la basada en la actividad industrial). El interior de esta alianza presentaba un desplazamiento de la hegemonía política hacia el capital dedicado a la industria, en correspondencia al crecimiento de su predominio económico. Es importante señalar que en Chile y México esta correspondencia entre predominio económico y hegemonía política de los sectores industriales se va a dar bastante más fácilmente que en Argentina y Brasil, países que habrán de presentar posteriormente una mayor inestabilidad política.

B) La alianza se extiende en sentido descendente hasta la pequeña producción en el campo y la ciudad, sectores de las capas medias urbanas, y a través del movimiento nacionalista o a través de sus propias organizaciones, hasta determinados sectores de las clases trabajadoras (los obreros que están sindicalizados y los que van a serlo por el nacionalismo).

C) Además, esta alianza coloca nuevas clases y/o fracciones dominadas como clases-apoyo del Estado, las cuales sufren un arrastre ideológico político detrás del movimiento nacionalista. Dichas clases-apoyo variaron según las particularidades de cada país: el subproletariado urbano en Brasil (en el primer período de Vargas), el proletariado agrícola en Argentina y el campesinado en México.

La consecuencia más inmediata que tiene la consolidación de este esquema de alianzas sociopolíticas bajo el Estado es el aumento de la autonomía del mismo, así como el robustecimiento notable de sus aparatos. Se produjo así un proceso en el que el Estado se dedicó a la constitución de nuevas correas de transmisión institucional con la

«sociedad civil». Estos nuevos aparatos del sistema de dominación contribuyeron a la formación de una ideología colectiva de corte nacionalista que fortaleció en última instancia a las clases dominantes. Para desarrollar más fácilmente sus nuevas funciones, los *Estados de colaboración nacional de clases* impulsaron la formación de tres tipos principales de instituciones<sup>5</sup>:

*Instituciones de intervención económica.*—En Chile se constituye en 1939 la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), organismo encargado de la coordinación de esfuerzos industriales; el Estado mexicano nacionaliza las materias primas, en especial el petróleo, y conforma una serie de organismos para el desarrollo de la infraestructura industrial cuando acaba la década de los treinta; desde 1937 hasta 1950 se desarrollan en Brasil determinados monopolios estatales, destacando el Fondo Nacional de Electrificación, el de industria del petróleo (Petrobras) y la Industria Siderúrgica del Estado, así como la implantación de la planificación (Planes Salte); en Argentina, además de la nacionalización de determinados servicios, portuarios, navieros, se crea en 1941 la Dirección General de Fabricaciones Militares, que coloca bajo el impulso del Ejército la constitución de la industria básica.

*Instituciones de encuadramiento social.*—Tanto bajo Pedro Aguirre Cerdá, como bajo Cárdenas, Vargas o Perón, fueron formados en esta etapa los *sindicatos obreros de masa*. En Chile, si bien los sindicatos se desarrollaron bajo la dirección de los partidos comunista y socialista, las leyes sindicales permitieron que en 1940 existiera el doble número de sindicatos obreros legales que en 1932, y desde 1941 hasta 1945, que estos sindicatos doblaran el número de afiliados. En los otros tres países, México, Brasil y Argentina, los gobiernos nacionalistas se encargaron directamente de constituir las Centrales Sindicales: Perón, por ejemplo, creó la Confederación General de Trabajadores (CGT).

*Instituciones propiamente políticas.*—Excepto en Chile, en el resto de los países más industrializados el nacionalismo se vio en la necesidad de organizar partidos de masas, que en realidad sólo adquirieron verdadera fuerza cuando el gobierno nacionalista estaba ya constituido. Estos movimientos nacionalistas resolvieron, en Brasil y Argentina principalmente, una grave crisis de organización política que presentaban los nuevos grupos burgueses y pequeño-burgueses dedicados a la industria.

<sup>5</sup> Véase E. GOMÁRIZ, M.: *Problemas do Estado nas Sociedades Dependentes: O caso da America Latina*. Ed. Presença, Lisboa, 1976.



## SOBRE LAS CAUSAS DEL FENÓMENO PERONISTA

Es necesario recalcar que, además de la creación de estas nuevas instituciones, se fortalecieron otros aparatos tradicionales del Estado. El caso más notable es, sin lugar a dudas, el del aparato militar, que fue parte fundamental del proceso. El Ejército fue marcado hondamente por la crisis del 29, primero, y por la Segunda Guerra Mundial después. En un primer momento, mientras se adecua el aparato productivo para responder a la crisis económica, el Ejército cumplió la función de sostener la integridad del Estado oligárquico en medio de la crisis. A continuación comenzó a intervenir en los asuntos del Estado como fuerza autónoma. Finalmente, la guerra mundial hace que las necesidades intrínsecas de los ejércitos latinoamericanos crezcan notablemente, entre otras razones, porque durante la guerra los ejércitos de las grandes potencias sufren una transformación tecnológica que hace variar las leyes estratégicas de la guerra. Estas necesidades tecnológicas crean una tendencia favorable en los ejércitos latinoamericanos a la industrialización, llegando a impulsarla directamente. En Argentina la creación de la infraestructura es mucho más un interés del Ejército que del Estado, y es en base a las necesidades estratégicas militares que se crean las Fabricaciones Militares y los Planes de Movilización Industrial, que abarcan desde los altos hornos hasta los fertilizantes.

### NACIONALISMO ARGENTINO Y PERONISMO

El proceso de industrialización nacional tuvo en Argentina un canal doble. Por una parte, la propia oligarquía exportadora (principalmente ganadera), quien, utilizando mecanismos públicos, traslada capital hacia la industria privada. Por otra, el Ejército desarrolla un espíritu industrialista que cristaliza en 1941 con la creación de las Fabricaciones Militares. Los autores argentinos que han estudiado recientemente el problema<sup>6</sup> ponen especial atención en señalar que el impulso industrializador de la oligarquía, si bien fue el primero en desarrollarse, siempre estuvo bien delimitado. La gran burguesía industrial, en tanto obtenía una alta tasa de ganancia con la superexplotación de la mano de obra y mantenía estrechas alianzas con el capital extranjero (que naturalmente no estaba interesado en una industrialización argentina independiente), nunca estuvo motivada por una industrialización global, sino más bien por la ampliación de la industria susti-

<sup>6</sup> J. C. PORTANTIERO y MIGUEL MURMIS: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, y MÓNICA PERALTA RAMOS: *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1830-70)*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.

tutiva subordinada al modelo de acumulación basado en la exportación. Serán, pues, los medianos y pequeños industriales los que estén interesados en un proyecto general de apoyo público a la industria. Para estos sectores se trataba de que a través del Estado se controlara estrechamente la actividad del capital extranjero, protegiéndose la producción nacional, desarrollándose la infraestructura necesaria, y que se previeran los créditos suficientes para superar la inflación, subordinando además al sector agrario exportador. Este impulso se desarrolló paralelamente al desarrollo de las presiones del movimiento obrero, interesado en la creación de puestos de trabajo.

Después de varios vaivenes políticos, el Ejército argentino acabó accediendo al gobierno en 1943, con lo que las distintas fracciones burguesas buscaron introducir sus opciones respecto a la industrialización en los distintos sectores de las FF. AA. La tarea que se proponían los militares argentinos no era otra que la reorientación del Estado hacia la industrialización sustitutiva de importaciones. Pero las poderosas presiones del exterior y las crecientes en el interior exigían del Estado una actualización autónoma; y la necesidad de esa autonomía sólo podía lograrse obteniendo una gran base sociopolítica de apoyo. Así lo entendió la fracción modernista, encabezada por el entonces coronel Perón, quien, desde que ocupó la cartera de Trabajo en el primer gobierno militar, adoptó una posición favorable a determinadas reivindicaciones obreras, aprovechando incluso aquellas ocasiones en que sus direcciones políticas (PC, PS) las desatendían en su línea de apoyo a las potencias aliadas contra el Eje.

Perón decidió presentar su candidatura a las elecciones de 1945, pero un golpe militar de los sectores más retrógrados del Ejército le llevó del gobierno a la cárcel. Sin embargo, la imagen populista de Perón ya estaba lo suficientemente extendida como para que sus correligionarios, encabezados por su mujer, Eva Perón, lograran impulsar una movilización popular que, decidiendo las cartas a favor de Perón en el seno del Ejército, logró su pronta liberación. Frente a la candidatura de Juan Domingo Perón se levantaba un frente político, contenedor de los viejos partidos reformistas, en el que destacaban los radicales. El partido comunista, devuelto a la legalidad por los militares, calificó el nacionalismo de Perón de fascista y optó por formar parte del frente opositor al *General*. La corta victoria de este último inició el proceso nacionalista global desde dentro del Estado.

El primer gobierno peronista dio un fuerte impulso a la sustitución de importaciones, desarrollando, sobre todo, la industria liviana dedicada al consumo interno: el 45 por 100 de la expansión de la indus-

tria correspondió a la que producía alimentos, bebidas, textiles y objetos livianos de uso doméstico, mientras que un 22 por 100 correspondió a los sectores metalmeccánicos<sup>7</sup>. El principal obstáculo residía en la falta de capitales y en su débil formación. Perón intentó compensar la falta de capitalización con la ocupación extensiva de la mano de obra en términos absolutos. Esta redistribución se vio favorecida por el alza de los precios de las materias primas, sucedida cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, que permitió a Perón el uso de las divisas sin tener que atacar frontalmente los intereses de la oligarquía exportadora.

Perón centralizó y aumentó la sindicalización del movimiento obrero, rompiendo el sindicalismo militante y pasando al «sindicalismo de masas». En el campo, con la promulgación del Estatuto del peón, creó una esperanza en el proletariado agrícola, al que colocó como clase-apoyo del Estado en el interior, al tiempo que liberó mano de obra rural que sería desplazada hacia la industria.

En el plano político, Perón —ya desde el gobierno— comprende perfectamente la necesidad de formar un partido de masas que aglutine todo el movimiento que lo apoya, creando así el Partido Justicialista. Ciertamente, el general Perón piensa en su partido como destinado a convertirse en mayoritario y dominante, y dado su carácter policlasista, buscó otorgarle cohesión interna basándose en una ideología corporativista. De hecho, para construir el partido, toma elementos ideológicos y organizativos del fascismo italiano y del movimiento falangista español. Argentina se situaba en una «tercera posición», que no era la capitalista clásica ni la socialista, y que si en determinados momentos podía recordar a la «posición» fascista, en otros parecía asumiendo el papel de portavoz de las reivindicaciones del llamado Tercer Mundo.

Coincidiendo con el fin de la crisis interimperialista que rodeó la Segunda Guerra Mundial, fueron decreciendo los ingresos que el gobierno peronista obtenía del exterior. Con ello el problema de la formación de capital cobró nueva dimensión, lo que repercutió inmediatamente en el plano de sus apoyos sociopolíticos. En efecto, a partir de la formación de su segundo gobierno en 1951, Perón se vio obligado a atacar el anterior poder adquisitivo de los asalariados y a reducir su consumo para concentrar recursos en la cúspide del gran capital. Al mismo tiempo pasaba a apoyarse progresivamente en los capitales norteamericanos, quienes —en condiciones extremadamente ventajo-

<sup>7</sup> MÓNICA PERALTA RAMOS: *Op. cit.*, p. 24.

sas—se afincaron especialmente en la industria automotriz y en la del petróleo. Pronto el general Perón se vio colocado en una difícil situación. Presionado por el imperialismo norteamericano, que siempre vio con malos ojos los intentos autonomistas de Perón, su margen de maniobra se estrechó conforme se destruía su base sociopolítica de apoyo. Tanto el descontento de distintos sectores burgueses y pequeño-burgueses (quienes pasaron a la formación de un frente anti-peronista), como el de las bases obreras (quienes iniciaron una serie de huelgas económicas a nivel nacional), pusieron al peronismo a la defensiva. Su respuesta consistió en una serie de golpes de ciego, entre los cuales hay que destacar su enfrentamiento con la Iglesia, que acabó restándole una buena proporción de legitimidad político-ideológica. Toda esta situación tuvo su reflejo en el interior de las FF. AA., que hasta entonces habían conservado su homogeneidad institucional. Una serie de pronunciamientos militares culminaron con el golpe del 16 de septiembre de 1955, que, un tanto sorprendentemente, sacó a Perón del Gobierno con la misma facilidad con la que entró. No obstante, el golpe llegó antes de que se hubiese producido el total agotamiento de la legitimidad de Perón ante el movimiento sindical y de masas, y en tanto la burguesía no logró estabilizar después un modelo alternativo de desarrollo, el golpe no resolvió, más bien acrecentó, la crisis de hegemonía dentro de la burguesía argentina. Por esta razón, cuando una crisis combinada—exterior e interior—hubo de crear de nuevo las condiciones para un reverdecimiento del nacionalismo, ni los trabajadores ni la mediana y pequeña empresa necesitaron cambiar de estandarte. Así ocurrió al comienzo de nuestros años setenta.

ENRIQUE GOMARIZ MORAGA